

Principios Esenciales

Los Presbiterianos tienen dos líneas de pensamiento sobre principios esenciales. Reconocemos que así como existen algunas verdades centrales y fundamentales del Evangelio las cuales son afirmadas por todos los cristianos, existen también fundamentos particulares del Evangelio que definen la tradición Presbiteriana y la tradición de la Reforma. Todos los cristianos deben afirmar los misterios centrales de la fe, y todos aquellos que han sido llamados a dirigir ministerios en una Iglesia Presbiteriana también deben afirmar los principios esenciales de la tradición reformada. Al reconocer el peligro de poder incurrir en reducir la verdad del evangelio por proposiciones que requieren beneplácito, reconocemos también que cuando los elementos esenciales se convierten en un asunto principalmente de discernimiento individual y afirmación local, pierden todo su poder de unirnos en la misión común y el ministerio.

Los principios esenciales están vinculados con la enseñanza de las confesiones de fe y sirven como exposiciones fiables de la Escritura. Los principios esenciales piden una explicación, no como otras confesiones, sino como indicadores indispensables de las convicciones confesionales acerca de lo que la Escritura nos lleva a pensar y hacer. Los principios esenciales no reemplazan las confesiones sino más bien les sirven de testigos a su enfoque primordial. Por lo tanto este documento no pretende ser una nueva confesión sino más bien una guía para la exploración conjunta de la Escritura y un compromiso con los grandes temas de ella y con las confesiones reformadas históricas que establecieron esos temas.

El gran propósito hacia el cual la vida humana es atraída es el de glorificar a Dios y regocijarse en Él para siempre. Cada miembro de la iglesia glorifica a Dios, reconociendo y declarando Su gloria, la cual es la manifestación y revelación de Su propia naturaleza. Cada miembro de la iglesia goza de Dios al estar unidos a Cristo por medio del poder del Espíritu Santo de tal manera que se convierte en un participante en la naturaleza divina, y se transforma de un grado de gloria a otro acompañado por Cristo en la comunión de amor de la Trinidad. Así que confesamos nuestra fe, no como una cuestión de aceptación intelectual sin pasión, sino más bien como un acto por el cual damos gloria a Dios y anunciamos nuestra membresía en el Cuerpo de Cristo. Confiamos que cuando la gloria de Dios sea enaltecida y cuando Su naturaleza sea así manifestada en la vida del Cuerpo, la iglesia será una luz que atraerá a la gente de toda raza, lengua y nación a reconciliarse con Dios.

I. La Palabra de Dios : La Autoridad de Nuestra Confesión

La declaración más clara de la gloria de Dios se encuentra en Su Palabra, tanto encarnada como escrita. El Hijo eternamente procede del Padre como Su Palabra, la plena expresión de la naturaleza del

Padre, y dado que en la encarnación el Verbo se hizo carne, todos los tesoros de la sabiduría y el conocimiento se ofrecen a Sus discípulos. La Palabra escrita nos concede esos tesoros, proclama el evangelio de salvación de Jesucristo, y gentilmente enseña todo lo que es necesario para la fe y la para la vida. **Glorificamos a Dios al reconocer y recibir Su auto-revelación autoritaria, tanto en las infalibles Escrituras del Antiguo y del Nuevo Testamento así como en la encarnación de Dios el Hijo.** Afirmamos que el mismo Espíritu Santo quien eclipsó a la virgen María también inspiró la escritura y la preservación de las Escrituras. El Espíritu Santo da testimonio de la autoridad de la Palabra de Dios e ilumina nuestros corazones y nuestras mentes para que así podamos recibir tanto las Escrituras como a Cristo mismo correctamente.

Confesamos que sólo Dios es Señor de la conciencia, pero esta libertad es con el propósito de permitirnos estar siempre sujetos y principalmente a la Palabra de Dios. El Espíritu Santo nunca guiará nuestra conciencia a llegar a conclusiones que están en desacuerdo con las Escrituras que Él mismo ha inspirado. La revelación del Verbo encarnado no minimiza, califica o deja de lado la autoridad de la Palabra escrita. Somos felices de confesar que estamos cautivos a la Palabra de Dios, no sólo individualmente, sino también como miembros de una comunidad de fe, que se extiende a través del tiempo y alrededor del mundo. En particular, nos unimos a otros miembros de las comunidades Presbiterianas y Reformadas para afirmar la autoridad secundaria del Libro de Confesiones como fiel exposición de la Palabra de Dios.

II. La Trinidad y la Encarnación: Los Dos Misterios Centrales de la Fe Cristiana

A. Trinidad

La naturaleza trina de Dios es el primer gran misterio de la fe cristiana. **Con los cristianos de todo el mundo, nosotros adoramos el único y verdadero Dios - Padre, Hijo y Espíritu Santo - quien es tanto una sola esencia como tres personas a la vez.** Dios es infinito, eterno, inmutable, inalterable, e inefable. Él no puede ser dividido en contra de sí mismo, ni se va a convertir en más de lo que Él ha sido, ya que no hay potencial de convertirse en él. Él es la fuente de toda bondad, toda la verdad y toda la belleza, de todo amor y toda la vida, omnipotente, omnisciente y omnipresente. Las tres personas son consustancial uno con el otro, siendo tanto co-eternos, y co-iguales, de manera que no hay tres dioses, ni hay tres partes de Dios, sino más bien tres personas dentro una Divinidad. El Hijo es engendrado eternamente del Padre, y el Espíritu procede eternamente del Padre y del Hijo. Las tres personas son dignas de adoración y alabanza.

Dios no tiene necesidad de nadie ni de nada más allá de Sí Mismo. Sin embargo en Su gracia este Dios Trino es el Creador de todas las cosas. En el continuo acto de la creación se manifiesta aún más la gracia, la soberanía y la providencia de Dios al mantener la existencia del mundo y de todos los seres vivientes por el bien de Su propia gloria. Él es el Santísimo, el fundamento de todo ser, cuya gloria es tan grande, que para nosotros verle es morir. No obstante, Él ha hecho la creación para reflejar Su gloria, y Él ha hecho los seres humanos a su propia imagen y semejanza, con el excepcional deseo de conocerle a Él y con una capacidad para relacionarse con Él. Dado que nuestro Dios es un fuego consumidor a quien por nuestro pecado no nos podemos acercar de forma segura, Él se ha acercado a nosotros al entrar en nuestra humanidad por medio de Jesucristo.

B. Encarnación

Esta es el segundo gran misterio de la fe cristiana, afirmado por todos los cristianos de todo el mundo: que **Jesucristo es tanto Dios verdadero como hombre verdadero**. En cuanto a Su divinidad, Él es el Hijo, la segunda persona de la Trinidad, de la misma naturaleza del Padre; en cuanto a Su humanidad, Él es como nosotros en todos los sentidos, pero sin pecado, de la misma sustancia de nosotros y como nosotros tiene un alma humana y un cuerpo humano. En cuanto a Su divinidad, Él es eternamente engendrado del Padre; en cuanto a su humanidad, Él nació de la virgen María, fue concebido por el Espíritu Santo. En cuanto a Su divinidad, Su gloria llena el cielo y la tierra; en cuanto a Su humanidad, Su gloria se muestra en la forma de un siervo que sufre, más claramente cuando Él fue crucificado en lugar nuestro.

Confesamos el misterio de sus dos naturalezas, la divina y la humana en una sola persona. Rechazamos cualquier tipo de doctrina que resulte en la mezcla de las dos naturalezas tal como que Jesucristo no es completamente Dios, ni tampoco es completamente humano. Insistimos en hacer hincapié en hacer la distinción entre la dos naturalezas para de esta manera preservar la verdad de la encarnación, que Jesús Cristo es de hecho Emmanuel, Dios-con-nosotros, no uno que fue Dios, ni uno que fue simplemente enviado por Dios. Más bien, en su venida hemos visto la gloria de Dios, porque Jesús es la exacta huella del ser mismo de Dios y en Él la plenitud de Dios reside. **La divinidad del Hijo no es de ninguna manera deteriorada, limitada, o cambiada por Su acto de gracia de asumir la naturaleza humana, y que Su verdadera humanidad en modo alguno se afecta a su continua divinidad**. Este es un misterio que no podemos explicar, pero lo afirmamos con alegría y confianza.

Este misterio de la encarnación sigue ocurriendo inclusive ahora, ya que el **Jesús resucitado quien fue enviado por el Padre, ahora ha ascendido al Padre en Su cuerpo resucitado y sigue siendo en verdad humano**. Él se encuentra presente corporalmente a la diestra del Padre. Cuando se nos promete que un día le veremos cara a cara, reconocemos que es el rostro de Jesús de Nazaret el cual vamos a ver algún día. El quien, por nosotros y por nuestra salvación, nació de María, murió en el Calvario, y caminó con discípulos a Emaús, es el mismo Jesucristo, quien se encuentra ahora ascendido y que un día volverá visible en el cuerpo para juzgar a los vivos y a los muertos.

Jesús prometió a sus discípulos que no los dejaría sin consuelo cuando ascendió al cielo, sino que pediría al Padre que les enviase el Espíritu Santo como un consolador y defensor. **Podemos confesar a Jesucristo como Señor y Dios solamente a través de la obra del Espíritu Santo**. Él viene a nosotros como Él vino a los discípulos reunidos el día de Pentecostés: a encender nuestra fe, para fortalecer nuestro testimonio, y para acompañarnos en la misión.

III. Fundamentos de la tradición reformada

A. La gracia de Dios en Cristo

Dios declaró que el mundo que Él creó era bueno y que los seres humanos, hechos a su imagen y semejanza, eran muy buenos. **El presente estado desordenado del mundo, en el cual nosotros y todas las cosas están sujetas a la miseria y al mal, no es obra de Dios sino es más bien el resultado de la libre y pecadora rebelión de la humanidad contra la voluntad de Dios**. Dios creó a los seres humanos del polvo de la tierra y de Su propio aliento, para que fueran Su imagen y fueran Sus representantes, y así fueran el conducto de Su gracia para la creación. Desde nuestra caída nuestra tendencia natural es abusar y explotar la creación, y preferir al mal en vez de preferir al bien. Dios también creó a los seres humanos para que hablaran de Su gracia y de Su verdad el uno al otro y para que fuesen aptos de ayudarse el uno al otro; para que nuestras relaciones sociales fortalecieran nuestra capacidad de servirle y de obedecerle. Desde la caída, nuestra tendencia natural es la de participar en relaciones de tiranía y de injusticia los unos con otros, en las cuales el poder se utiliza no para proteger y servir, sino para degradar.

Dios además creó a los seres humanos con la capacidad de relacionarse con Él, con su ley escrita en nuestros corazones para que tengamos la capacidad de adorarlo con amor y de obedecerle al vivir nuestras vidas en santidad. Desde la caída, nuestra tendencia natural es la de odiar a Dios y al prójimo y la de adorar a ídolos de nuestra propia elaboración en lugar de adorar al único Dios verdadero

Como resultado del pecado, la vida humana está envenenada por la muerte eterna. **No existe ninguna parte de la vida humana que no haya sido tocada por el pecado. Nuestros deseos ya no son dignos de confianza para guiarnos a la bondad, y lo que parece natural para nosotros ya no corresponde al diseño de Dios**. No estamos simplemente heridos por nuestro pecado; estamos muertos e incapaces de salvarnos a nosotros mismos. Sin la iniciativa de Dios, la salvación no es posible para nosotros. Nuestra única esperanza es la gracia de Dios. Descubrimos en las Escrituras que esta es una gran esperanza, porque nuestro Dios es aquel cuya misericordia es desde la eternidad y hasta la eternidad.

Esta gracia no termina cuando nos volvemos al pecado. Aunque cada uno de nosotros merecemos la condenación eterna de Dios, el eterno Hijo asumió nuestra naturaleza humana, uniéndose a nosotros en nuestra miseria y ofreciéndose a sí mismo en la cruz a fin de liberarnos de la esclavitud a la muerte y al pecado. Jesús toma nuestro lugar tanto en el llevar el peso de la condena contra nuestro pecado en

la cruz como en ofrecerle a Dios la obediencia perfecta que la humanidad le debe al Él, pero que ya no es capaz de darle. Toda la humanidad participa en la caída en el pecado. Aquellos quienes estamos unidos por la fe en Jesucristo somos totalmente perdonados de todos nuestros pecados, para que de hecho haya una nueva creación. Somos declarados justificados, no por algo bueno que hayamos hecho, sino sólo debido a la gracia que Dios nos extiende en Jesucristo. **Unidos a Cristo a través del poder del Espíritu Santo somos llevados a la relación correcta con el Padre, quien nos recibe como Sus hijos adoptivos.**

Jesucristo es la única vía a esta adopción, el único camino por medio del cual los pecadores se convierten en hijos de Dios, porque Él es el unigénito Hijo de Dios, y es sólo en unión a Él que un creyente puede conocer a Dios como Padre. Sólo en Jesucristo la verdad acerca del Dios Trino, es plena y perfectamente revelada, ya que sólo Él es la Verdad, sólo Él ha visto al Padre, y sólo Él puede hacer al Padre conocido. Sólo Jesucristo es la nueva vida que es ofrecida, pues Él es el mana del cielo y la fuente de agua viva, el por quien todas las cosas fueron hechas, en quien todas las cosas subsisten. La exclusividad de estos atributos establece que el amor de Dios no es impersonal, sino más bien es un amor especial e íntimo en el cual cada hijo de Dios es llamado por su nombre y conocido como algo precioso; el amor de Dios no es tan sólo aceptación, sino además es un amor transformador y eficaz en el cual su imagen es restaurada dentro de nosotros de manera que seamos capaces de llevar una vida santa.

B. Elección para la salvación y el servicio

El llamado de Dios a un individuo cristiano no es meramente una invitación a la que pueda aceptar o rechazar por su propia y libre voluntad. **Después de haber perdido el verdadero libre albedrío en la caída, somos incapaces de volvernos hacia Dios por nuestra propia voluntad. Dios nos escogió para sí mismo en Su gracia antes de la fundación del mundo, no por algún mérito de nuestra parte, sino sólo a causa de su amor y misericordia.** Cada uno de nosotros es elegido en Cristo, quien es nombrado eternamente para ser la cabeza del cuerpo de los elegidos, nuestro hermano y nuestro sumo sacerdote. Él es quien es hueso de nuestros huesos, carne de nuestra carne, nuestro divino Ayudador quien también es nuestro Novio, compartiendo nuestra naturaleza humana para que podamos ver Su gloria. Nosotros, quienes lo recibimos y creemos en Su nombre lo hacemos no por nuestra propia voluntad o la sabiduría, sino porque Su gloria nos impulsa irresistiblemente a volvernos a Él. Por medio de Su maravilloso llamado a nuestras vidas, Jesús ilumina nuestras mentes, suaviza nuestros corazones, y renueva nuestra voluntad, así mismo restaurando la libertad que perdimos en la caída.

Todos somos pecadores que no llegamos a la altura de la gloria de Dios y todos merecemos el juicio eterno de Dios. Sin la obra de salvación de Jesucristo, no podemos estar en la presencia de Dios, somos incapaces de soportar el peso de la grandeza de Su gloria. Nos

alegramos de que Jesucristo nos ofrece un salvoconducto hacia el corazón del fuego consumidor y purificador de Dios protegiéndonos con Su perfecta humanidad y transformándonos por medio de Su divino poder. Habiendo recibido tal gracia, extendemos gracia a los demás.

No fuimos elegidos para nuestro propio beneficio. Más bien fuimos elegidos por que Dios reúne a su pueblo con quien hizo el pacto para ser un instrumento en su propósito de salvación. **A través de su trabajo de regeneración y santificación, el Espíritu Santo nos da la fe y nos permite vivir en santidad, para que podamos ser testimonio de la presencia de la gracia de Dios a los que están perdidos.** El Espíritu Santo nos reúne en una comunidad que ha sido edificada y equipada para ser la luz, la sal y la levadura en el mundo. Cristo nos envía al mundo para hacer discípulos en todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, y para enseñarles a obedecer todo lo que Cristo nos ordenó que hiciéramos. Ahora estamos al servicio del plan de Dios para la plenitud de los tiempos: reunir todas las cosas en Cristo, tanto las que están en los cielos, como las que están en la tierra. Con este fin, nosotros predicamos a Cristo, llamando a todas las personas al arrepentimiento y a creer en el evangelio. También nos preocupamos por el mundo, proclamando todos los ámbitos de la cultura en el nombre de Jesús, sirviendo a los pobres, alimentando al hambriento, visitando al prisionero, y defendiendo al indefenso. Hacemos este trabajo no pensando que podemos de esta manera traer el Reino, sino en la esperanza segura de que el Reino de Dios, sin duda va a llegar, y el día que llegue el sufrimiento y la muerte pasarán y Dios vivirá entre su pueblo.

C. Vivir una vida de Pacto en la iglesia

Somos elegidos en Cristo a convertirnos miembros de la comunidad de la nueva alianza. Este pacto, el cual Dios mismo garantiza, nos une a Dios y a nosotros mismos entre sí. En la misma creación, descubrimos que fuimos hechos para vivir en relaciones con los demás, hombres y mujeres creados juntos a la imagen de Dios. **En Cristo, somos adoptados como parte de la familia de Dios y encontramos nuestra nueva identidad como hermanos y hermanas entre sí, ya que ahora compartimos un mismo Padre.** Nuestra fe requiere nuestra activa participación en la comunidad del pacto.

Jesús ora para que Sus seguidores sean todos uno, y por lo tanto nosotros oramos y trabajamos por la unión de la iglesia alrededor del mundo. Incluso cuando la unidad institucional no parece posible, estamos ligados a otros cristianos como nuestros hermanos y hermanas. En Cristo, los muros divisores de hostilidad creados por nacionalidad, por etnia, por género, por raza y por las diferencias idiomáticas se derriban. Dios creó a las personas para que la rica variedad de Su sabiduría pudiera reflejarse en la rica variedad de los seres humanos; la iglesia debe ahora comenzar a reflejar la realidad escatológica de la gente de toda raza, lengua y nación para que traigan los tesoros de sus reinos a la nueva ciudad de Dios.

Dentro de la comunidad del pacto de la iglesia, la gracia de Dios se extiende a través de la predicación de la Palabra, la administración de los Sacramentos, y la fiel práctica de la disciplina mutua. En primer lugar, a través de la obra del Espíritu Santo, la Palabra proclamada puede de hecho convertirse en la dirección de Dios para nosotros. La obra iluminadora del Espíritu Santo es necesaria tanto para el que la predica como para los que la escuchan. En segundo lugar, los sacramentos del Bautismo y la Cena del Señor son signos que están vinculados a las cosas significadas, sellando a nosotros las promesas de Jesús. En el bautismo de los niños, confesamos nuestra confianza en la iniciativa de la gracia de Dios, en donde un bebé quien no puede volverse a Dios voluntariamente es no obstante proclamado como miembro de la comunidad del pacto, a convertirse en un hijo de Dios, purificado por la gracia y sellado por el Espíritu Santo; en el bautismo de adultos, confesamos nuestra confianza en que la gracia de Dios puede convertirnos en nueva creación en cualquier etapa de nuestra vida. En la cena del Señor,

confesamos que cuando comemos el pan y compartimos una copa, el Espíritu Santo nos une a Cristo ascendido, para que Su vida de resurrección nos pueda nutrir, fortalecer y transformarnos. En tercer lugar, la comunidad de la Iglesia practica la disciplina con el fin de ayudarse a cada uno entre sí a lo largo del camino de la vida nueva, hablándose con la verdad en el amor el uno al otro, llevándose los unos otros sus cargas, y ofreciéndose los unos a otros la gracia de Cristo.

D. La mayordomía fiel de toda la vida

Los ministerios de la iglesia reflejan el oficio triple de Cristo como profeta, sacerdote y rey - reflejados en el ordenamiento de los ministerios de los ancianos docentes, los diáconos ordenados, y los ancianos gobernantes. Afirmamos que tanto hombres como mujeres por igual son llamados a todos los ministerios de la Iglesia, y que cada miembro está llamado a participar en todos los oficios de Cristo en el mundo más allá de la iglesia. Cada Cristiano está llamado a una vida profética, proclamando la buenas nuevas al mundo y promulgando esas buenas nuevas. Todo Cristiano está llamado extender el señorío de Cristo a todos los rincones de la tierra. Y cada Cristiano está llamado a participar en la obra sacerdotal y mediadora de Cristo compartiendo el sufrimiento del mundo en formas que extienden las bendiciones de Dios y ofreciendo intercesión ante Dios en nombre del mundo. Estamos equipados para compartir estos oficios por medio del Espíritu Santo, quien nos moldea al patrón de la vida de Cristo.

Jesús nos enseña que debemos amar al Señor nuestro Dios con todo nuestro corazón, con toda nuestra alma, y con toda nuestra mente. No hay ninguna parte de la vida humana que está fuera del alcance de las demandas santificantes de Dios. Rechazamos la pretensión de que el amor de cualquier tipo es auto justificación; afirmamos que todos nuestros afectos y deseos deben estar sujetos a la autoridad de Dios. Rechazamos la afirmación de que las almas humanas no fueron afectadas por la caída y que permanecen naturalmente inclinadas a Dios; afirmamos que tanto el alma como el cuerpo igualmente deben ser limpiados y purificados

con el fin de amar a Dios correctamente. Rechazamos la afirmación de que la vida de la mente es independiente a la fe; afirmamos que a menos que creamos no podremos entender correctamente ya bien sea a Dios o al mundo que nos rodea. Históricamente, la tradición Presbiteriana ha sido especialmente llamada a explorar lo que es amar a Dios con toda nuestra mente y a un compromiso con el proyecto de la educación y los estudios en todos los niveles de la vida Cristiana.

E. El vivir en obediencia a la Palabra de Dios

El progreso en la santidad es una respuesta esperada por la gratitud a la gracia de Dios, la cual es iniciada, sostenida y cumplida por la obra santificadora del Espíritu Santo. La primera respuesta de la gratitud es la oración y la disciplina diaria de esta misma - tanto individual como conjuntamente - debe marcarla la vida cristiana. La vida de oración incluye alabanza a Dios por Su naturaleza y Sus obras, la confesión sincera de nuestros pecados y la intercesión por las necesidades de los que conocemos y por las necesidades del mundo. **Al practicar la disciplina de un autoexamen regular y de la confesión, debemos estar especialmente guiados por los Diez Mandamientos.** Por lo tanto somos responsables los unos a los otros de:

1. Adorar solamente a Dios, viviendo toda la vida para Su gloria, renunciando a toda idolatría y a todo amor desordenado que pudiera llevarnos a confiar en cualquier otro tipo de ayuda;

2. Adorar a Dios con humildad, siendo reticentes a describirle o representarle en imágenes, reconociendo que la correcta adoración no está mejor apoyada por nuestras propias prácticas innovadoras, sino a través de la predicación viva de la Palabra y a través de la fiel administración de los Sacramentos.

3. Eliminar tanto de la expresión verbal como del pensamiento cualquier blasfemia, irreverencia, o impureza.

4. Observar el día Sabático como un día de adoración y descanso, siendo fieles a congregarse con el pueblo de Dios.

5. Honrar a aquellos a quienes se las ha otorgado autoridad sobre nosotros y practicar la sumisión mutua dentro de la comunidad de la iglesia.

6. Erradicar el espíritu de la ira, el resentimiento, la insensibilidad, la violencia, o la amargura, y en lugar cultivar un espíritu de mansedumbre, bondad, paz y amor; reconociendo y honrando la imagen de Dios en cada ser humano desde la concepción hasta la muerte natural.

7. Mantener la castidad en el pensamiento y la acción, siendo fieles dentro del pacto del matrimonio entre un hombre y una mujer como fue establecido por Dios en la creación o abrazar una vida célibe como fue establecido por Jesús en el nuevo pacto.

8. Practicar la correcta mayordomía de los bienes que se nos han dado, mostrando caridad a los necesitados y ofreciendo apoyo generoso a la Iglesia y a sus ministerios.

9. Buscar siempre la verdad, incluso cuando tal búsqueda sea costosa, y defender la verdad cuando esta sea desafiada, reconociendo que el fin de la bondad es la verdad y que su preservación es esencial.

10. Resistir la atracción a la envidia, la codicia y la adquisición y en lugar de cultivar un espíritu de alegría con los dones y regalos que Dios nos ha dado.

En Jesucristo vemos la expresión perfecta de la santa voluntad de Dios con los seres humanos al ofrecerse a Dios en nuestro lugar. Su

santa vida debe convertirse ahora en nuestra vida santa. En Cristo, la voluntad de Dios es ahora escrita en nuestros corazones, y esperamos con fervor el día cuando seamos confirmados en la santidad de tal manera que se nos imposibilite pecar más. Como el autor y consumidor de nuestra fe, Jesús nos conduce por el camino de la vida hacia ese objetivo, llevándonos a una intimidad cada vez más profunda con el Dios Trino, en cuya presencia hay plenitud de gozo.